

El puerto rebelde

La Rochelle derrocha carácter marinero con sus extensas playas, sus regatas, calles y barrios pintorescos y, sobre todo, con esa manera especial de vivir en este rincón privilegiado del Atlántico.

Texto y fotos:
Maribel Herruzo

No hay nada como dejarse llevar hasta una ciudad de la que nada sabes y acabar prendado de ella por lo que ofrece, sin prejuicios ni expectativas. Así llegué a La Rochelle, con apenas la promesa de unos días con mucha música de fondo, coincidiendo con el multitudinario festival Le Francfolies, que durante seis días (del 12 al 16 de julio) envuelve este puerto atlántico con notas francófonas de distintos estilos, que asaltan desde diferentes escenarios, cafés y bares, desde la calle misma. Sin embargo, La Rochelle secuestra los sentidos desde la llegada, en cuanto el barco que hace las veces de autobús pasa entre las torres de Saint-Nicolas y La Chaine, al caminar bajo los arcos de sus calles del centro, al pasear por los callejones del barrio de Saint-Nicolas, al dejarse acariciar por la brisa del océano, al cruzar el puente que lleva a la sorprendente y coqueta Isla de Ré, al saborear una gastronomía cuyos productos estrella son las ostras y el *pineau*... Las terrazas invaden el puerto de esta ciudad joven y con

fama de rebelde desde el siglo XVII, ya que La Rochelle era la única plaza protestante en un país que se declaraba católico. La rebeldía no le impidió ser también una ciudad próspera durante siglos, como queda patente en sus edificios, palacetes y torres, gracias a las exportaciones de sal y otros productos. Tras algunos años de estancamiento, La Rochelle volvió a sus orígenes, a cultivar un estilo de vida ferozmente independiente, un lugar donde sus habitantes disfrutaban de calles con sabor a bohemia, de la tranquilidad de una ciudad que, aunque pequeña, tiene cultura y actividades a raudales, y por supuesto, del sol y del mar. Pionera en buscar la mayor calidad de vida de sus 100.000 vecinos, desde el centro de la villa se alternan varios kilómetros de parques y vías verdes, caminos donde el coche está vetado y senderos para llegar en bicicleta a las playas y a los bosques. Los alrededores son ideales para salir de *pic-nic* y comprar todo lo necesario en su mercado diario de productos frescos. Recuerden que esto es Francia y a la mantita de cuadros se le puede dar todo el *glamour* que se quiera, ostras incluidas.



Carácter marinero

La imagen de la ciudad está intrínsecamente ligada al Atlántico, no en vano aloja cuatro puertos, entre ellos el de Les Minimes, que con más de 4.000 amarres ha convertido a La Rochelle en la capital europea de la vela, el lugar donde hacen escala las regatas más importantes. Resguardado por las islas de Ré y Oléron, el espacio náutico de la ciudad es amplio pero seguro, y el carácter marinero se encuentra aún en sus calles y cafés, como la bodega Guignette, en el barrio de Saint-Nicolas, que lleva sirviendo el popular *pineau* de Charentes –una deliciosa mezcla de vino y coñac– desde 1933; o en sus certámenes navales, como el Gran Pavois, el primer salón náutico “a flote” de Europa, que lleva celebrándose desde 1973; o en el barrio de El Gabut, junto al puerto, que luce arquitectura de inspiración escandinava con casas de madera pintadas de colores. Simplemente, al dejar reposar la mirada en los faros que aún se mantienen en pie, queda claro que esta ciudad a la que tanto le gusta la calle tiene alma de lobo de mar.

La isla de Ré

La Rochelle no es la típica ciudad europea de mediano tamaño en la que la noche cae demasiado temprano y deja las calles desiertas con el cierre de los comercios.

Es animada, muy animada, y en días de festivales y regatas, más aún. Pero quienes persigan la tranquilidad sin renunciar al ajetreo, a pocos kilómetros de La Rochelle hay varias playas donde descansar, como Châtelailon, la ciudad balneario que conserva sus edificios *Belle Époque* y un ambiente más familiar. Cruzar el puente que lleva a la isla de Ré, donde la bicicleta es la reina absoluta de una carretera que bordea la costa y recorre los más bellos pueblos, es otra buena opción. Su paisaje es salvaje y sencillo, con pueblos de arquitectura humilde y sin artificios, pero con el encanto de los secretos que temen ser descubiertos. Se le conoce como “la Isla Blanca”, tal vez por esas salinas que llevan 500 años dando trabajo y riqueza a la zona. El pueblo de Saint-Martin se convierte en verano en lugar de exclusivo veraneo de famosos galos que buscan refugio entre sus calles estrechas y pintadas en cal. Aunque, desde la construcción del puente que une la isla con La Rochelle, la exclusividad, para regocijo de los comunes mortales, ha dejado de ser asunto de unos pocos. Si todos los astros se alinean y luce el sol, todo lo que querrán será repetir una vez más la experiencia. Porque aquí –se ve, se nota, se huele en el aire– se sabe vivir. Con clase, además.



Desde el centro de La Rochelle se alternan varios kilómetros de parques y vías verdes, caminos donde el coche está vetado y senderos para llegar en bicicleta a las playas y a los bosques

Más información: www.larochelle-turismo.es

vueling

Aeropuerto más cercano: Nantes.
Encuentra tu vuelo en Vueling.com

